

---

## CONVERSACION XLIII

SOBRE LA PERFECCION.

Pomposa. Pues que há ya tanto tiempo que nos estás haciendo esperar una Conversación acerca de la Perfección; ¿gustarás de que sea hoy?

Praxedis. Si queréis creerme, dejemos á los que son perfectos, que hablen de la Perfección.

Publia. Como no fuera porque temo ofender tu modestia, yo sé lo que había de responder á eso.

Praxedis. Si tus palabras pudiesen darme lo que me falta, me tendría por muy feliz.

Pomposa. No sé yo que haya otro medio mejor, pero inflamarse al seguimiento y consecución de una cosa buena, que el de hablar frecuentemente de ella.

Praxedis. No es porque yo rehuse hablaros acerca de este asunto; sino porque temo hablar mal.

Publia. Pues no se hable ya de otra cosa, si queréis creerme.

Praxedis. Comenzad cuando gustéis.

Pomposa. Dínos, por tu vida, si todo género de personas son llamadas á la Perfección.

Praxedis. No tenéis más que abrir el libro del Evangelio, y allí encontraréis estas palabras: “Sed perfectos así como vuestro Padre Celestial es perfecto.” (1)

Publia. Estas palabras ¿se dirigen á todos indistintamente?

Praxedis. Pues ¿no ves que no incluyen excepción alguna?

Pomposa. Y ¿quién será capaz de llegar á una tal Perfección?

Praxedis. Cuidado no os engañéis; Jesucristo no dijo eso de llegar á ella, sino de imitarla.

Publia. Pero ¿no dijo Jesucristo: “Sed perfectos, así como vuestro Padre Celestial es perfecto?”

Praxedis. Verdad es que así lo dijo; pero estas palabras solamente dan á entender una cierta semejanza y una imitación; no una perfecta igualdad.

Pomposa. ¿Cómo se hubiera explicado, se hubiese querido denotar una igualdad perfecta?

Praxedis. Hubiera dicho así: “Sed tan perfectos como lo es vuestro Padre Celestial.”

Publia. Esta sola palabrita nos ha hecho al instante comprender lo que no entendíamos.

Praxedis. La misma prudencia pide, que en nada absolutamente nos preocupemos.

Pomposa. Tienes razón: pero dime: ¿En qué consiste, á tu parecer, esta Perfección que Jesucristo pide á todos?

---

(1) Matth. 5. 48.

Praxedis. Antes que yo diga mi sentir, es muy justo que antes os oiga á vosotras.

Publia. Yo, por mí, cuando me pongo á pensar lo que es Perfecto, se me representa una persona sin defecto alguno.

Praxedis. Esta noción ó idea conviene propiamente á la Perfección de los Bienaventurados, que están ya en el Cielo; mas no á unas frágiles criaturas, que viven aún sobre la tierra.

Pomposa. Sin embargo, quien dice perfecta una cosa, es como si dijese, una cosa que no tiene absolutamente defecto.

Praxedis. Ya; pero en esta vida no se entiende otra cosa que aquello que es cabal ó cumplido, en cuanto puede serlo.

Publia. ¿Con que en los que viven en este mundo, á pesar de ser perfectos, como dices, les dejas estos defectos?

Praxedis. Se los dejo, á la manera que se dejan las sombras en una pintura; la cual, con todo eso se dice, que es cabal y perfecta.

Pomposa. Pero esas sombras hacen su papel en una pintura; en lugar que los defectos solamente sirvan para desfigurar la Perfección.

Praxedis. Pues has de saber, que la misma utilidad tienen estos, que en un hermoso Cuadro las sombras.

Publia. ¿Cómo puede ser eso?

Praxedis. Porque así como las sombras sostienen y hacen resaltar los demás colores; así los defectos

sostienen y hacen sobresalir más aquellas virtudes, que componen la Perfección.

Pomposa. Capaz eres tú de encontrar semejanza, donde yo ni aun siquiera pensaría que pudiese haberla.

Praxedis. Ya ves, sin embargo, que es bien exacta la comparación.

Publia. Con todo, yo no alcanzo, cómo pueda ser eso, de que los defectos sostienen y hacen relucir las virtudes.

Praxedis. Pues ¿no te haces cargo de que los defectos considerados cristianamente, son los que fomentan y mantienen á la humildad, de donde todas las demás virtudes reciben su apoyo y su lustre?

Pomposa. Ahora sí, que lo entiendo; pero yo, por lo menos, cuando llego á fijar el pensamiento en una persona perfecta, se me representa como dotada de unos talentos y de unas virtudes extraordinarias.

Praxedis. Verdad es, que ha habido muchos Santos de esta clase; pero debéis convenir conmigo en que no todos poseyeron estos talentos y estos dones extraordinarios.

Publia. ¿Podrás buenamente citar alguno?

Praxedis. Un gran número de ellos pudiera citar; pero porque no te quede nada que replicarme, únicamente citaré á la Santísima Virgen. ¿Qué notáis de extraordinario ó de raro en ella? Y no obstante esto, fué la más perfecta entre todas las Criaturas.

Pomposa. Este ejemplo es decisivo, y hace cerrar

la boca: pero á lo menos covendrás en que la mayor parte de los Santos tuvieron alguna cosa de extraordinario.

Praxedis. Convengo en que muchos se aventajaron en amor al retiro, á la penitencia, á la oración; pero á vueltas de eso, encontraréis no pocos, en quienes exteriormente y por de fuera, nada se veía, que no fuese muy común.

Publia. Supuesto que llegaron á ser Santos, forzosamente se distinguirían por algún lado.

Praxedis. No niego yo, que se distinguiesen por algunas cosas extraordinarias.

Pomposa. Muchos de ellos hicieron milagros.

Praxedis. Es verdad; pero no siempre es ésta una señal fija de perfección; supuesto que Dios permite á veces, que aun los que son malos, los hagan también (1): *aunque estos no son verdadera y propiamente milagros.* (2).

Publia. Ya que en nada de esto se debe colocar la Perfección, dínos últimamente, en qué consiste.

Praxedis. No sé si me creeréis; pero voy á deciros que yo juzgo consiste en cumplir fielmente cada uno con todas sus obligaciones.

Pomposa. Siendo eso así, no es tan difícil llegar á ser perfecto, como yo pensaba.

(1) Exod. 7. 22. 8. 7., etc. Sap. 17. 7.

(2) Leges. D. Thom. I. p. c. 114. a. 4.; etc. 2. 2. c. 178. a. 2., etc. alib. sæpé

Praxedis. Es menester ahora saber, cómo entiendes tú eso.

Publia. ¡Qué! Por poco que una se aplique, ¿no es fácil que cumpla con sus obligaciones?

Praxedis. Con intención, ó sin ella, omites dos palabras que son el todo en la presente materia.

Pomposa. ¿Tan esenciales son estas dos palabras?

Praxedis. Lo son absolutamente.

Publia. Sin embargo, son muy cortas.

Praxedis. Para pronunciarlas, sí; mas no para ponerlas en ejecución.

Pomposa. Bien sé yo, que has dicho fielmente, y todas.

Praxedis. Pues eso es puntualmente lo que cuesta tantos trabajos y sudores.

Publia. ¿Con qué no bastará desempeñar las obligaciones para ser perfecto?

Praxedis. No; es necesario cumplirlas todas, y cumplirlas fielmente: y eso es lo que nos obliga á vivir con aquella vigilancia, y en aquella violencia continua, que arrebató el Cielo (1).

Pomposa. Si no consiste más que en eso, fácil es arrebatarle.

Praxedis. Yo me alegro mucho de ver en vosotras un ardor tan noble.

Publia. El Cielo es demasíadamente hermoso, y

(1) Véase la Conversación LXXXI. Tom. III.

muy preciosa la posesión de él, para no hacerlo todo por alcanzarle.

Praxedis. Haced lo que decís; y dentro de muy breve tendréis por vuestra, toda una eternidad.

Pomposa con el tiempo la virtud se hace fácil.

Praxedis. Es verdad; pero habéis de saber, que siempre cuesta mucho, cuando se pretende llevar como arrastrando, este cuerpo de barro por mil rumbos que él no quisiera.

Publia. Más vale llevarle á él á rastra, que dejarse arrastrar de él.

Praxedis. Cuando nosotras le llevamos á l, ncaminamos hacia el Cielo; pero cuando él nos lleva á nosotras, nos arrastra al Infierno.

Pomposa. Entre estos dos extremos, el que fuere cuerdo y rudente, presto habrá de tomar su partido.

Praxedis. El verdadero partido es, determinarse desde luego á cumplir fielmente con todas sus obligaciones.

Publia. Explicanos estas dos palabras, todas y fielmente.

Praxedis. Quien dice cumplirlas todas, supone que todas, todas se han de cumplir, sin omitir ninguna: y quien dice cumplirlas fielmente, supone que se han de cumplir según y cómo es menester.

Pomposa. Las obligaciones que tenemos que cumplir ¿son muchas, muchas?

Praxedis. Vosotras por de contado, estáis dotadas de entendimiento; soís Cristianas: soís de una profe-

sión particular; soís miembros del Estado, y de vuestra Parroquia; tenéis parientes, amigos, vecinos: todas éstas son otras tantas obligaciones que debéis cumplir con respecto á estas diferentes personas, y bajo de estas cualidades diferentes.

Publia. Demasiadas obligaciones son éstas.

Praxedis. Es verdad; pero no las he inventado yo.

Pomposa. ¡Eh! Aun si no hubieras puesto esa palabra fielmente, vaya por fin.

Praxedis. Pero yo os tengo por demasiado instruidas, para que dejéis de conocer que una cosa sin otra no puede guiar á la Perfección.

Publia. Explicanos qué es lo que se necesita hacer para cumplir fielmente con todas las obligaciones.

Praxedis. Es necesario cumplirlas en cuanto al tiempo, en cuanto al lugar, en cuanto al modo, y en cuanto al motivo.

Pomposa. Por ventura Dios lleva tanta cuenta con todas estas circunstancias.

Praxedis. Atended, si no, á aquel solo ejemplo de la Esposa de los Cantares, la cual no volvió á encontrar á su Esposo amado, nada más que por haber diferido un instante el abrirle la puerta. (1)

Publia. Ya entendemos muy bien, cuan del caso es la fidelidad en cuanto al tiempo, al lugar, y modo de cumplir con las obligaciones; explicanos ahora, qué entiendes por motivo.

(1) Cant. 5. 5. etc. 6.

Praxedis. Quiero decir, que en el cumplimiento de las obligaciones, únicamente se ha de mirar á Dios; no buscando otra cosa, que su gloria, la salvación de nuestras almas.

Pomposa. Eso sí, que me parece demasiadamente perfecto.

Praxedis. ¿Acaso se pueden decir cosas demasiado perfectas, cuando se trata de la Perfección?

Publia. Yo confieso que todo cuanto has dicho, me hace fuerza; y que jamás me había pasado por la cabeza, que la Perfección consistiera en estas cosas.

Praxedis. Sin embargo, en esto mismo debe colocarla cualquiera que no intente trastornarlo todo.

Pomposa. También estaba yo en ese mismo error: pensando, que para ser perfectos, se necesitaba hacer cosas extraordinarias; y eso era lo que me retraía.

Praxedis. Con eso ya entendéis ahora, que no hay persona alguna, sea la que fuere, que con la ayuda de Dios y de su propio trabajo, no pueda arribar á la Perfección.

Publia. Esa es una cosa que enteramente nos anima á ello; y yo no desespero de poder llegar allá algún día.

Praxedis. Me huelgo infinito de veros en tan loable disposición.

Pomposa. Yo por mí, aunque supiese que nunca había de llegar á la Perfección, estaría muy contenta con trabajar á este fin.

Praxedis. Sea en hora buena, con tal que trabajes

incesantemente sobre eso: pues delante de Dios un trabajo semejante, es ya reputado como tal Perfección.

Publia. Cuanto más nos dices, tanto más nos animas.

Praxedis. Eso consiste en que es muy propio de la verdad inflamar el corazón en seguimiento de la virtud.

Pomposa. Tú habrás de tener mucha parte en nuestros adelantamientos; puesto que serán fruto de tus instrucciones.

Praxedis. Alguna parte en vuestras oraciones, lo que yo os pido con vivas ansias.

Publia. Las tienes todas bien grangeadas; siendo obligación nuestra el hacerlo así, todos los días de nuestra vida.

